

todos los movimientos y tendencias de nuestros órganos, tanto en el estado de salud, como en el de enfermedad: ley natural y á fuer de tal invariable, eterna y no como la de la alopátia, que segun antes hemos hecho ver, no interviene en la mayoría de casos, con cuya presidencia se le condecora, y que mejor de parecer una ley natural, ostenta un carácter de rebelion contra la naturaleza, á quien no cesa de contradecir.

Sobre caminar la escuela médica ordinaria á la solucion del problema médico, apoyada en un hecho falso y una ley mentirosa, se equivoca ademas pretendiendo curar las enfermedades, persuadiéndose que conoce su causa próxima, y que se dirige contra ella, siendo á menudo esta equivocacion bien funesta para los enfermos, á quienes á nombre de una abstraccion, cuyo significado nunca se descubrirá, porque no está á nuestro alcance, imprime alteraciones reales, profundas y frecuentemente mortales, descuidando entretanto el estudio minucioso de los síntomas, que con el de la causa ocasional, presenta el único lado visible de la enfermedad; el solo necesario para poderla curar pronta, suave y completamente. La homeopatía procede diversamente: sabe que es imposible descubrir el primer móvil, el modo con que la vida ha sido desordenada por la influencia del agente morboso, cómo ha sucedido aquel cambio oculto en el estado de nuestra vida, para sacarla de su estado normal, y mientras habia de perder el tiempo en la indagacion de *dicha causa prima morbi*, cuyo cono-

cimiento, si nos fuera necesario, nos lo hubiera concedido la sabiduría infinita, que dá siempre el remedio á medida de la necesidad; considera á la causa ocasional y los síntomas morbosos como reflejos, que representan entera y fielmente la imagen de la enfermedad interna, ó como otros tantos agujeros por donde únicamente se puede acechar y aplicar á ellos toda su atencion, sin curarse de quimeras ni dar importancia mas que á lo bien averiguado y positivo.

La escuela alopática enorgullecida con su *Tolle causam*, y siempre en la persuasion deque porque este vano clamor sale sin cesar de su boca, obra curas causales, no quiere acabar de convencerse de que el conocimiento de lo que los nocologistas llaman *cambio oculto* acaccido en lo interior del organismo, de donde resulta el trastorno funcional, es un misterio tan inaccesible para nuestra inteligencia, como el de la esencia de nuestra vida, de nuestra alma, y como lo son tantos otros misterios de la naturaleza, la produccion de los tejidos anormales, de los tubérculos pulmonales, de los kistes hidatídarios, y de las demas transformaciones, y como lo son igualmente todos los infinitos fenómenos que entran en el basto dominio de la historia natural, desde la germinacion y la fecundacion de las plantas, hasta la methamorphosis de las orugas etc. ¿Quién nos podrá esplicar, porque la ciática, el histérico, diversas neuroses y aun afecciones horriblemente dolorosas, no se esplican sobre el cadáver por la menor alteracion de tejido?... El exa-

men de las transformaciones orgánicas nos enseña que había incurabilidad; impotencia del arte: que tales ó tales alteraciones de tegidos halladas en el cadáver corresponden á tales ó cuales síntomas observados en el vivo; pero nada nos iluminan sobre el cambio oculto que arrastró ú produjo las alteraciones orgánicas que tenemos á la vista y que podrán servirnos para el pronóstico y no para la curación, mientras al lado del nombre de cada una de estas alteraciones no se lea el del específico seguro para remediarlas.

En homeopatía, cuando usamos de las palabras:—*cambios ó mutaciones internas; causa del conjunto de síntomas visibles*; esencia de la enfermedad; nos referimos á la causa eficiente de esta, mirada por su lado puramente dinámico, esto es, á la causa vital mas próxima en el sentido riguroso de la palabra, en cuyo concepto repetimos que nos es absolutamente desconocida: no queremos entonces espresar la causa material, el resultado real orgánico del conjunto de síntomas visibles; esta no siempre es desconocible, ni su indagación es superflua, pero no se puede en rigor darla el nombre de causa, como lo hace la escuela dominante, pues no es mas que un efecto de ella, un síntoma cardinal, bien que creador de otros subalternos, como la plasticidad de la sangre en las inflamaciones y su fácil descomposición en el escorbuto. Estos fenómenos ya son materiales y distintos de aquella aberración de la fuerza vital, de aquel ser inmaterial, el solo que anima el organismo en el estado de sa-

lud y de enfermedad. " Es ciertamente ( dice » Hahn. org. §. 16 ) el organismo el instrumento » material de la vida, pero no se le puede concebir » sino animado por la fuerza vital, sintiendo y » gobernando instintivamente; asi como tampoco » la fuerza vital puede ser concebida sin dependen- » cia del organismo. Este y aquella no son mas » que una sola y misma cosa, aunque el entendi- » miento humano, forme de ella dos ideas y para » estudiarlas con mas comodidad las separe. »

El sublime proyecto de encontrar *á priori* una causa interna é invisible de la enfermedad, impelió á los médicos mas racionales de la antigua escuela á buscar, tomando ( tambien es verdad ) por base los síntomas, aquello que presumian fuese el carácter genérico de la enfermedad presente. Se pretendia saber si lo característico de ella seria el espasmo, la debilidad, ó la parálisis; la induración, ó la obstrucción de tal ó cual parte, la plétora sanguínea, el exceso ó defecto de oxígeno, de carbono, de hidrógeno ú de azoe en los humores; la exaltación ó la depresión de la vitalidad del sistema arterial, ó del venoso, ó del capilar, la falta de las propiedades relativas á los factores de la sensibilidad ó de la nutrición. Estas conjeturas condecoradas por la escuela con el nombre de indicaciones, procedentes de la causa, y reputadas como la sola racionalidad posible en medicina, son demasiado hipotéticas y falaces para servir de alguna utilidad práctica. Incapaces aun cuando fueran fundadas, de dar á conocer el mejor remedio

que emplear contra un caso dado: aptas únicamente para lisongear la vanidad del que las forjaba á fuerza de cabilaciones, y para inducir lo mas del tiempo en error al que pretendia obrar en su consecuencia.

Mas si la causa íntima de una enfermedad es superior á nuestros alcances, ¿cómo se gobierna la escuela dominante, siempre persuadida de que es la sola que merece el titulo de *racional*, porque, segun dice ella misma, es la única que se atarea y ocupa en buscar y destruir la causa de las enfermedades, siguiendo en su tratamiento las huellas de la naturaleza? Hahnemann nos dice, ojeada sobre la *medicin. alopát. pág. 9* de la traduccion al francés por Jourdan. "Que como la inmensa mayoría de las enfermedades no quirúrgicas, son de origen y naturaleza dinámicas, y por tanto, su causa imperceptible á nuestros sentidos, se ve la escuela alopática en la necesidad de figurarse una, comparando por un lado el estado normal de las partes internas del cuerpo humano despues de la muerte (anatomía), con las alteraciones visibles que estas partes presentan en los sugetos muertos de enfermedades (anatomía patológica); de otro lado las funciones del cuerpo vivo (fisiología), con las aberraciones infinitas que sufren en los innumerables estados morbosos (pathología, semeyótica), y sacando de aquí conclusiones relativas á la manera invisible, con que las mutaciones se obran en lo interior del hombre enfermo, llega á formarse una

» imágen vaga y fantástica, que mira teóricamente como la causa primera de la enfermedad, de la que en seguida hace la causa próxima, y al mismo tiempo la esencia íntima de la enfermedad, y la enfermedad misma; aunque el buen sentido diga que la causa de una cosa no puede ser esta cosa misma. Ahora bien, ¿cómo se podía, sin querer, engañarse á sí mismo, hacer de esta esencia incomprendible un objeto de curacion; prescribir contra ella medicamentos, cuya tendencia curativa es igualmente desconocida, á lo menos en su mayor parte, y sobre todo acumular muchas de estas sustancias desconocidas en sus recetas?

Aun cuando todas estas conjeturas fuesen realidades, nunca segun arriba dejamos dicho, podrian considerarse como causa primera de la enfermedad, no siendo como no son sino sus efectos, sus síntomas, que aunque creadores de otros subalternos suyos, siempre son síntomas y nada mas, cuyo estudio y valuacion debe, con el de la causa ocasional, ocupar todo el tiempo que la escuela médica ordinaria pierde en la averiguacion de la causa prima, que cree descubrir en lo interior del organismo impenetrable á sus miradas divinatorias.

Y pues que en el orden natural no puede haber más que fenómenos producidos ó engendrados por ciertos agentes, llamados estas causas, y aquellos efectos; en el estudio de las enfermedades todo nuestro cuidado y atencion debe dirigirse al conocimiento de causas y de efectos, pero causas

accesibles á nuestra inteligencia. Causas y síntomas, es pues, la parte experimental de la patología; fenómenos, en cuyo desarrollo siguen una marcha determinada, es decir, obedecen á ciertas leyes; pero la ley de un fenómeno no es sino la manera con que este se comporta, cuando la causa lo hace parecer. La etiología se puede, pues, estudiar bajo puntos de vista diferentes, ya investigando las causas de una enfermedad para conocer de qué modo se engendran sus síntomas, ya para separar al enfermo de todos los agentes que han alterado su salud, y ya tambien se debe finalmente estudiar bajo una mira directamente terapéutica, es decir, la de encontrar el medio curativo que responda á la causa morbosa, y tenga el poder de destruirla. La homeopatía, así como la antigua escuela, no desprecia ninguna de las primeras ocupaciones, pero se entrega con preferencia á la tercera, que su rival juzga mucho menos importante, es decir, que cuida de averiguar el modo de generacion de los síntomas morbosos; que cuida tambien de substraer al enfermo de la influencia de las causas que han alterado su salud; pero se dedica con preferencia á destruir el efecto producido por la causa, dirigiendo contra él agentes terapéuticos dotados de esta virtud.

Hay en el organismo una fuerza fundamental que reina sobre su parte material, regla todas sus tendencias y le prohíbe en cierto modo obedecer á las leyes que rigen á la materia, sometiendo así todas sus partes constituyentes á su único influjo. A

esta propiedad del organismo animado llamamos *fuerza vital*, *accion vital*; es un ser incomprendible que solo podemos apreciar por el estudio de sus fenómenos. Este principio activo puede oponer el movimiento á las leyes del movimiento que quieren que todo cuerpo en quietud, permanezca en su estado de inmovilidad hasta que una fuerza exterior le haga salir de él. Vemos á todo animal ponerse en movimiento y echar á andar sin el impulso de otro cuerpo exterior que se lo comunique. Vemos al hombre asido por la mano á una cuerda, suspendido sobre la tierra sin caer á ella conforme á la ley de los cuerpos graves; vemos al mismo andar en posicion vertical sin trastornarse ni caer tendido en el suelo, conforme á las mismas leyes de gravedad. ¿Y por qué sucede así? Porque tiene una animacion; porque tiene una voluntad.... Qué la muerte le despoje de estos dos atributos.... luego se le verá caer en tierra, obedeciendo á las leyes de gravedad.

Esta actividad reguladora de todas las partes y de todos los actos del organismo vivo, no puede ser vista, tocada por nuestros sentidos, ni nuestro entendimiento alcanza á descubrir su esencia ni su naturaleza, solo somos capaces de conocerla por la apreciacion de sus fenómenos. Los que observamos en el animal vivo nos dicen que este principio misterioso, está sujeto á alteraciones y trastornos de su accion sobre el organismo. Este conserva su estado normal que llamamos *salud*, mientras aquel conserva la plenitud de su actividad: el cuerpo